## CAER EN LA CUENTA

¿En qué mundo vivía? Un día se hizo esa pregunta casi tonta, casi de perogrullo, casi obscena. Cuántas veces uno se la hace. Millares, inconscientemente. O no se la hace nunca, que es decir lo mismo. Porque de pronto, cuando cree que ya posee un pasaporte de identidad de las cosas de la vida, descubre a un loco. Y el loco —en una esquina, en un café o en cualquier posible e inverosímil sitio común— le dice que las cosas son así, ciertamente, pero que, además, hay que saber mirar bajo el agua. Y como ese día uno baila un poco en la cuerda floja y todo no le sale redondo como generalmente ocurre, está un poquito tentado de mirar más allá de la nariz. Entonces el loco, que descubrió en nosotros esa pizca de curiosidad o de descreimiento, carga las tintas: "Mirar bajo el agua no basta, hay que saber ver..." Y nos enrostra toda una teoría de la realidad, de lo verdadero y lo falso, de la vida misma, todo de golpe, como el destello de varios flashes que nos dejan encandilados. Después nos toma del hombro y nos hace dar un paseíto imaginario por una ristra de paisajes con lugares conocidos y gente común que, a la luz y con los hilvanes que el loco manipula, son los mismos pero parecen diferentes, como si uno nunca los hubiera visto realmente así. Y porque el loco notó que somos un pescado que puede meter en su red, nos dice que los secretos del mirar y el buen ver se cultivan. Que necesitamos hacer un largo proceso de cuya intensidad dependerá la calidad de visión que conquistemos. Pero que es mucha, infinita; que basta sólo imaginarlo, ya que siendo uno un Don Cualquiera, vimos esos pantallazos que él mostró. Bueno, desde ese momento empiezan los afanes, las idas y venidas, los encuentros con él o tal vez con una punta de otros locos de menor estofa en quienes ha delegado la preparación del novato.

El se preguntó en qué mundo vivía justo cuando el colectivero le dijo si no tenía un billete más chico para pagar el boleto. Porque uno muchas veces sube sin pensar en el

pobre tipo que debe atender un montón de cosas a velocidades tan increíbles que a ojo nomás parecen simultáneas. Uno sube y compra su boleto como si fuera un pañuelo en la tienda, un kilo de papas o un paquete de cigarrillos. Como si fuera una mercadería cualquiera, siendo que, cuadras más cuadras menos, siempre es un viaje.

Sintió que le subía una irritación repentina, espontánea, por la demanda, aunque en un arranque de sentido común o de solidaridad, abondonó la partida de la furia por el gesto de llevar la mano al bolsillo para ver si le quedaba dinero más chico. Sentado a la ventanilla, se puso a mirar el barrio suburbano, el barrio donde se estaban construyendo casas para obreros, todas aplastantemente iguales, como hechas de molde, cosa en la que más se lucen los planes de vivienda. Miraba mientras calculaba que tenía holgado tiempo para pagar la luz y el gas cuyas boletas llevaba junto al toco de la quincena. Si no había mucha cola, claro. Luego pasaría por Rigar's a ver si aún estaba en la vidriera una camisa rayada al mismo precio que tenía la semana pasada. Iría sólo a mirarla porque si la compraba no llegaría a fin de mes con el resto de la quincena, pero en una de esas se le calentaba la cabeza y trataba de retenerla con una seña. Si le daban bola. Luego, a lo mejor, se metía a tomar un vino en la Cervantes mientras llegaba la hora del colectivo a la fábrica. Entonces, quizá, podría pensar en aquella pregunta que lo picoteaba y que al mismo tiempo le daba un poco de fiaca. Porque uno no siempre piensa en cualquier lado; por ahí necesita mandarse a mudar a las sierras, al lado de un río y, con la línea esperando que piquen, a veces piensa. O al parar el torno en el momento de la merienda, si no se está chacoteando para despejarse, si se está solo o con algún vago que piensa.

También en la Cervantes podría, sentado ante una copa, mirando como a través de un velo a la gente, dejándola pasar como si nada, metiéndole fierro al tema. Porque hay ideas que a uno le dan fiaca, que lo hacen bostezar, aunque al mismo tiempo le están clavando el lomo con un alfiler. De tanto pisotearlas se vuelven un fangal que uno mañerea

para cruzar. Estaba tomando el vino con una pizza porque de sólo pensar que iba a pensar le dio hambre. Pagué la luz, pagué el gas, minga de camisa (¡qué me iban a aceptar la seña! Con la inflación desbocada los comerciantes no son lerdos como para aguantarlo a uno quince días), me queda media hora para el colectivo y después otra media hora para entrar a fabricar bulones. El pedido de Kaiser tiene que estar listo para fin de semana, según el capataz. Los autitos bramarán de lo lindo con los bulones que fabricó este Gómez Esteban, un Don Nadie. Por siempre nadie; y vaya a saber quién diablos los usa. Si al menos pudiera decirle a uno de esos tipos de traje que se compran el auto y andan como Batman por la calle:

– ¡Oiga! ¿Anda serenito ese motor, bien afinado? A los bulones los maquiné yo. Yo, con estas manazas...

Pero me estoy yendo por las ramas, delirando como un condenado. Repasó el camino andado desde que salió de su casa y recordó que su mujer le había dicho: "Volvé temprano que voy a hacer un asado y una torta para que comamos con el pibe. Mirá que cumplimos seis años de casados, Esteban, ¿eh?". Entonces había comenzado a picotearlo la pregunta. En qué mundo... Y mientras repasaba esas casas uniformes del plan, el colectivo, la luz, la camisa que no compró, esa pizza, el vino, el otro colectivo a la fábrica, los bulones, las chapas y flejes que salían de ahí a las terminales, los autos, el mundo y la vida, se dijo: –Al fin todo lo que usás y usan los otros, todo lo que se mueve o está fijo en esta redonda tierra, es fruto del trabajo. El es el verdadero padre.

Apenas si esbozó en un estiramiento fino de los labios la carcajada que le reventaba adentro y le ponía, eso sí, en aguas vacilantes y vidriosos ojos.

Entonces, si todo es fruto del trabajo, si todo pasa por estas queridas manoplas, por qué los laburantes tenemos que andar como andamos...? ¡La puta! ¡el mundo en que vivimos...! se dijo como si recién cayera en cuenta que se llamaba Esteban Gómez.

Pagó, se levantó y fue derechito a la parada del colectivo, como si llevara un tigre en el tanque. Un tigre.